

por el istmo sobre un doble mar, islas lejanas, una campiña risueña y lagos y montes azulados; descubria selvas, buques, acueducto, lugares moros, ermitorios mahometanos, minaretos y las casas blancas de Túnez. Millones de estorninos formados en batallones, á manera de nubes, volaban sobre mi cabeza. Rodeado de los mayores y mas tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sofonisba y en la noble esposa de Asdrubal; contemplaba las vastas llanuras en donde están sepultadas las legiones de Anibal, de Escipion y de César; mis ojos querian reconocer el sitio donde estaba Utica; mas ¡ay! los restos de los palacios de Tiberio existen todavía en Caprea, y se busca en vano en Utica el sitio donde estuvo la casa de Caton! En fin, los terribles vándalos, los ágiles moros, pasaban alternativamente por mi memoria, lo cual me ofrecia por último cuadro á San Luis espirando en las ruinas de Cartago. Sea, pues, la relacion de la muerte de este príncipe el término de mi Itinerario: dichoso yo si vuelvo á entrar en mi patria por un antiguo monumento de sus virtudes, y acaba en el sepulcro del rey, de santa memoria, esta larga peregrinacion á los sepulcros de los hombres grandes.

Cuando San Luis emprendió su segundo viaje ó ultramar, ya no era jóven. Su quebrantada salud no le permitia permanecer mucho tiempo á caballo, ni sostener el peso de una armadura; pero nada habia perdido la energía de su alma. Reune en Paris á los grandes del reino, les hace una pintura de las desgracias de la Palestina, y les declara que está resuelto á ir á socorrer á sus hermanos los cristianos. Al mismo tiempo recibe la cruz de manos del legado, y la da á sus tres hijos mayores.

Una multitud de señores se cruzaron con él: los reyes de Europa se preparan á enarbolar sus banderas, Carlos

de Sicilia, Eduardo de Inglaterra, Gaston de Bearn, los reyes de Navarra y de Aragon. El mismo celo mostraron las mujeres: la señora de Poitiers, la condesa de Bretaña, Yolanda de Borgoña, Juana de Tolosa, Isabel de Francia, Amicia de Courtenay, dejaron la rueca (porque entonces hilaban las reinas), y siguieron á sus maridos á ultramar.

San Luis hizo su testamento, en el que dejó á Inés, que era la menor de sus hijas, diez mil francos para casarse, y cuatro mil á la reina Margarita; á continuacion nombró regentes del reino á Mateo, abad de San Dionisio, y á Simon, señor de Nesle; y hecho esto, se dirigió á tomar la oriflama.

Esta bandera, que se empezó á ver en nuestros ejércitos en el reinado de Luis el Gordo, era un estandarte de tafetan encarnado, que pendia del extremo de una lanza, á manera de confalon con tres puntas, y tenia alrededor algunas borlas de seda verde. En tiempo de paz estaba depositado en el altar de la abadía de San Dionisio, entre los sepulcros de los reyes, como para advertir que de una en otra raza los franceses eran fieles á Dios, al príncipe y al honor. San Luis tomó esta bandera de manos del abad, segun costumbre, y recibió al mismo tiempo la escarcela y el bordon de peregrino, que se llamaba entonces el *consuelo* y *la señal del viaje*:¹ costumbre tan antigua en la monarquía, que Carlo-Magno fué enterrado con la escarcela de oro que acostumbraba llevar cuando iba á Italia.

Oró Luis en el sepulcro de los mártires, y puso su reino bajo la proteccion del patron de Francia. Al otro dia de esta ceremonia, desde el palacio de Justicia se dirigió con

¹ *Solatia et indicia itineris.*

sus hijos á pié descalzo á la iglesia de Nuestra Señora, y por la tarde del mismo día partió á Vincennes, en donde se despidió de la reina Margarita, *bella y buena reina, llena de grande inocencia*, dice Roberto de Sainceriaux, y luego dejó para siempre aquellas antiguas encinas testigos venerables de su justicia y de su virtud.

“Muchas veces he visto que el santo hombre rey iba á esparcirse al bosque de Vincennes: sentábase al pié de una encina, y nos hacia sentar á su lado, y todos los que tenían necesidad de hablarle, venian y se presentaban, sin que ningun uquier se lo impidiese.... Tambien he visto muchas veces que en tiempo de verano venia el buen rey al jardin de Paris, vestido con un sayo de camelote, un sobretodo de tiritaña sin mangas, y un capoton de tafetan negro. Hacia tender unos tapices para que nos sentásemos á su lado, y allí despachaba á su pueblo con la misma prontitud y diligencia que en el bosque de Vincennes.”¹

Se embarcó San Luis en Aigues-Mortes el martes 1º de Julio de 1270. Antes de darse el rey á la vela se vieron en su consejo tres dictámenes: embestir á San Juan de Acre, atacar el Egipto, y hacer un desembarco en Túnez. Desgraciadamente San Luis quiso seguir este último, por una razon que parecia decisiva.

Túnez estaba entonces bajo la dominacion de un príncipe, á quien Godofre de Beaulieu y Guillermo de Nangis llaman *Omar-el-Muley-Moztanca*, el cual fingió querer abrazar la religion cristiana. Los historiadores de la época no dicen las razones que á ello le movieron; pero es muy probable que teniendo noticia del armamento de los cruzados, y no sabiendo en dónde descargaría la tempestad,

¹ Joinville.

creyó conjurarla enviando embajadores á Francia, y lisonjeando al rey con una conversacion en que no pensaba. Esta superchería del infiel fué precisamente lo que atrajo sobre él la tempestad que se proponia disipar; porque Luis pensó que bastaria dar á Omar una ocasion de declarar sus designios, y que de este modo una gran parte del Africa se haria cristiana á ejemplo de su príncipe.

A este motivo religioso se agregó una razon política: los tunecies infestaban los mares, y robaban los socorros que se enviaban á los príncipes cristianos de Palestina; además proveian de caballos, armas y soldados á los soldanes de Egipto, y eran el cento de las relaciones que Bondoc-Dari mantenía con los moros de Marruecos y de España. Era, pues, importante destruir aquella guarida de piratas para hacer mas fáciles las espediciones á Tierra Santa.

Entró San Luis en la bahía de Túnez en el mes de Julio de 1270. En aquel tiempo un príncipe moro se habia propuesto reedificar á Cartago: ya se levantaban muchas casas nuevas en medio de las ruinas, y se veía un castillo en la colina de Byrsa. Los cruzados quedaron encantados de la belleza del país cubierto de bosques de olivos; pero Omar no salió á recibir á los franceses, sino que antes bien los amenazó con que si trataban de desembarcar degollaría á todos los cristianos de sus Estados. Estas amenazas no impidieron que el ejército saltase en tierra y acampase en el istmo de Cartago, y el limosnero de un rey de Francia tomó posesion de la patria de Anibal por estas palabras: *Yo os hago saber el edicto de nuestro Señor Jesucristo y de Luis, rey de Francia, su ministro*. Aquel mismo sitio habia oido hablar al getulo, al tirio, al latino, al vándalo, al griego y al árabe, y siempre las mismas pasiones en lenguas diferentes.

San Luis resolvió tomar á Cartago antes de sitiar á Túnez, que era entonces una ciudad rica, comerciante y fortificada. Desalojó á los sarracenos de una torre que defendía las cisternas, tomó el castillo por asalto, y la nueva ciudad siguió la suerte de la fortaleza. Las princesas que acompañaban á sus maridos desembarcaron en el puerto, y por una de esas revoluciones que producen los siglos, las grandes señoras de Francia se alojaron en las ruinas de los palacios de Dido.

Mas parecia que la prosperidad habia abandonado á San Luis desde que habia pasado el mar, como si estuviese destinado á dar á los infieles el ejemplo del heroismo en la desgracia. No podia atacar á Túnez antes de recibir los socorros que debia llevarle su hermano el rey de Sicilia, y precisado á atrincherarse en el istmo, el ejército fué atacado de una enfermedad contagiosa, que en pocos dias acabó con la mitad de los soldados. El sol de Africa devoraba á unos hombres acostumbrados á vivir en un clima mas dulce, y con el objeto de aumentar la miseria de los cruzados, los moros levantaban con máquinas una arena abrasadora, que entregada al soplo del viento, imitaba para los cristianos los efectos del Kansim ó terrible viento del desierto: ingeniosa y cruel invencion, digna de las soledades que inspiraron su idea, y que muestra hasta qué punto puede llevar el hombre el génio de la destruccion. Los continuos combates acababan de agotar las fuerzas del ejército. Los vivos no bastaban para enterrar á los muertos; los cadáveres se echaban en los fosos del campamento, que quedaron muy pronto colmados.

Los condes de Nemurs, de Montmorenci y de Vendome ya no existian; el rey habia visto morir en sus brazos á su querido hijo el conde de Nevers. Sintióse él mismo heri-

do, y desde el primer momento conoció que el ataque era mortal, y que aquel golpe abatiria fácilmente un cuerpo debilitado por las fatigas de la guerra, por los cuidados del trono, y por aquellas vigiliias religiosas y reales que Luis consagraba á su Dios y á su pueblo. Procuró, sin embargo, disimular su mal y ocultar el dolor que sentia por la pérdida de su hijo: veíasele, cuando llevaba ya la muerte en el semblante, visitar los hospitales como uno de esos padres de la Merced, consagrados en aquellos mismos sitios á la redencion de los cautivos y á la salud de los apesados. De las obras del santo, pasaba á los deberes del rey; velaba por la seguridad del campo, mostraba al enemigo una frente intrépida y serena, ó sentado á la puerta de su tienda, administraba justicia á sus vasallos, como bajo la encina de Vincennes.

Felipe, hijo mayor, y sucesor de Luis, no se separaba de su padre, á quien veia próximo á bajar al sepulcro. El rey se vió, en fin, obligado á no salir de su tienda, y entonces no pudiendo ya por sí mismo ser útil á sus pueblos, trató de asegurarles su felicidad en el porvenir, dirigiendo á Felipe esta instruccion, que ningun francés podrá leer jamás con ojos enjutos. Ducange habla de un manuscrito que parece haber sido el original de esta instruccion: las letras eran gruesas, pero alteradas, y manifestaba la debilidad de la mano que habia trazado la espresion de un alma tan fuerte.

“Hijo mio, la primera cosa que te enseñe y recomiendando es que ames á Dios con todo tu corazon; porque sin esto, ningun hombre puede salvarse. Guárdate bien de hacer ninguna cosa que no sea de su agrado, pues antes debes desear sufrir toda especie de tormentos, que cometer un pecado mortal.

“Si Dios te enviare adversidades, recíbelas con resignacion, dale gracias, y piensa que lo tienes bien merecido, y que todo se convertirá en beneficio tuyo. Si te da prosperidades, dale gracias con humildad, y está apercebido para que no sea una ocasion de que te hagas peor por orgullo ó de cualquier otro modo. Porque no debemos hacer la guerra á Dios por los dones que nos envia.

“Procura tener en tu compañía gentes sencillas y leales, á quienes no mueva la codicia, sean eclesiásticos, religiosos ó seculares. Evita la compañía de los malos, y esfuérzate en escuchar y retener en tu corazon las palabras de Dios.

“Administra justicia á todos, tanto á los pobres como á los ricos. Con tus servidores sé agradecido y liberal, y mesurado en las palabras, á fin de que te teman y te amen como á su señor. Y si se suscitase alguna controversia, investiga la verdad, ya sea en pro, ya sea en contra tuya. Si te advierten que posees alguna cosa que pertenece á otro, ya la hayas tomado tú, ya la hayas adquirido de tus predecesores, luego que estés seguro de la verdad, hazla restituir inmediatamente.

“Observa con toda diligencia si tus vasallos viven en paz y rectitud, especialmente las buenas ciudades, villas y demás. Conserva tus franquicias y libertades, segun tus antiguos las han mantenido y guardado, y usa de ellas con amor y benevolencia.

“Guárdate de mover guerra á los cristianos sin madura deliberacion, y mientras haya algun medio de evitarlo. Y sí hubiese guerras y debates entre tus vasallos, apacígualas lo mas pronto que te sea posible.

“Observa á tus ballíos, prebostes y demás oficiales, y

procura saber cómo gobiernan, para que si hay en ellos algo que reprender, puedas hacerlo.

“Te suplico, hijo mio, que cuando llegue mi fin, te acuerdes de mí y de mi pobre alma, y que me socorras con misas, oraciones, limosnas y beneficios, que harás practicar en todo tu reino. Y que me concedas participacion en todas tus buenas obras.

“Te doy mi bendicion tan amplia como jamás un padre haya podido dar á su hijo, rogando á toda la Santísima Trinidad del Paraíso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que te guarden y defiendan de todo mal, á fin de que despues de esta vida mortal podamos reunirnos delante de Dios, y darle gracias y bendiciones sin fin.”

Todo hombre que se encuentre cercano á morir, desengañado de las cosas del mundo, puede dirigir sábias instrucciones á sus hijos; mas cuando estas instrucciones están apoyadas con el ejemplo de toda una vida de inocencia, cuando salen de la boca de un gran príncipe, de un guerrero intrépido y del corazon mas sencillo que existió jamás; cuando son las últimas espresiones de una alma divina que vuelve á las moradas eternas, entonces dichoso el pueblo que puede gloriarse diciendo: “¡El hombre que escribió estas instrucciones era el rey de mis padres!”

Habiendo agravado la enfermedad, pidió Luis la Estremaucion, y respondió á las oraciones de los agonizantes con una voz tan firme como si hubiese estado dando sus órdenes en un campo de batalla. Arrodillóse al pié de la cama para recibir al sagrado Viático, y fué preciso que sostuviesen por los brazos á este nuevo San Gerónimo en su última comunión. Desde este momento apartó enteramente de su pensamiento las cosas de la tierra, y se creyó libre de toda obligacion hácia sus pueblos. ¡Y qué monarca

llenó nunca mejor estos deberes! Su caridad se extendió entonces á todos los hombres: rogó por los infieles que hicieron á la vez la gloria y la desgracia de su vida; invocó á los santos patronos de Francia, de aquella Francia tan cara á su corazón; y en la mañana del 25 de Agosto, conociendo que su hora se acercaba, se hizo trasladar á un lecho de ceniza, en donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos levantados al cielo.

Solo se ha visto una vez, y ya no volverá á verse semejante espectáculo. La flota del rey de Sicilia se mostraba en el horizonte; el ejército de los moros ocupaba los campos y las colinas; y en medio de las ruinas de Cartago, el campo de los cristianos ofrecía la imagen del mas espantoso dolor: reinaba allí el mayor silencio; los soldados moribundos salían de los hospitales y se arrastraban por entre las ruinas para acercarse al punto en donde espiraba su rey. Luis se hallaba rodeado de su familia anegada en lágrimas, de los consternados príncipes y las desoladas princesas. También presenciaban esta escena los diputados del emperador de Constantinopla, los cuales pudieron referir á la Grecia la maravilla de una muerte que el mismo Sócrates hubiera admirado. Desde el lecho de ceniza en donde exhalaba San Luis el último suspiro, se descubría la costa de Utica, y era fácil hacer la comparación de la muerte del filósofo estóico con la del filósofo cristiano. Mas afortunado que Catón, San Luis no necesitó leer un tratado de la inmortalidad del alma para convencerse de la existencia de una vida futura, porque encontraba una prueba invencible en su religión, en sus virtudes y en sus desgracias. En fin, hacía las tres de la tarde, exhalando el rey un gran suspiro, pronunció distintamente estas palabras: "Yo entraré, Señor, en vuestra casa, y os adoraré en vuestro sar-

to templo:"¹ y su alma voló al santo templo, que era digna de habitar.

En aquel momento se oyen sonar las trompetas de los cruzados de Sicilia, cuya flota llega llena de júbilo y cargada de inútiles socorros. Nadie responde á su señal, y Carlos de Anjou se admira, y empieza á presentir alguna desgracia. Atraca á la costa, y ve unos centinelas con la pica vuelta hácia abajo, espresando su dolor menos con esta señal de luto militar, que con el abatimiento de su semblante. Vuela á la tienda del rey su hermano, y encuentra su cadáver tendido sobre la ceniza. Arrójase sobre aquellos restos sagrados, los riega con sus lágrimas, besa con respeto los piés del santo, y da unas señales de ternura y sentimiento, que no debían haberse esperado de una alma altiva. El rostro de Luis conservaba aún los colores de la vida, y hasta los labios estaban colorados.

Carlos obtuvo las entrañas de su hermano, las cuales hizo depositar en Montreal, cerca de Salerno, y el corazón y los huesos fueron destinados á la abadía de San Dionisio; pero los soldados no quisieron dejar partir antes de ellos aquellos restos queridos, diciendo que las cenizas de su soberano eran la salud del ejército. Dios quiso conceder al sepulcro de aquel grande hombre una virtud que se manifestó con milagros; y la Francia, que no podía consolarse de haber perdido en la tierra tal monarca, le declaró su protector en el cielo. Colocado Luis en el catálogo de los santos, vino á ser para la patria una especie de rey eterno. Dedicáronle á porfía iglesias y capillas, mas magníficas que los sencillos palacios en donde había pasado su vida; y los antiguos caballeros que le acompañaron á su primera